

Los baqueanos de Belaieff. La mediación indígena en la entrada militar al Alto Paraguay

Nicolas Richard

▶ **To cite this version:**

Nicolas Richard. Los baqueanos de Belaieff. La mediación indígena en la entrada militar al Alto Paraguay. Nicolas Richard. Mala guerra. Los indígenas en la Guerra del Chaco, Asunción del Paraguay : Servilibro / Museo del Barro, pp. 291-333, 2008. halshs-00948035

HAL Id: halshs-00948035
https://shs.hal.science/halshs-00948035

Submitted on 14 Jun 2015

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Los baqueanos de Belaieff

Las mediaciones indígenas en la entrada militar al Alto Paraguay[1]

NICOLAS RICHARD

En la aplastante horizontal que dibujaba la región, en el centro del Chaco boreal, Pitiantuta era la única laguna de importancia suficiente como para sortear sin desvanecimientos las sequedades del invierno chaqueño. La guerra se acercaba y hasta entonces el lago no había querido mostrarse más que como una imprecisa constelación de rumores indígenas. Los exploradores militares bolivianos y paraguayos multiplicaban los esfuerzos por encontrarlo. Del lado paraguayo, las exploraciones eran dirigidas por I. Belaieff, antiguo del ejército zarista y de la Sociedad Geográfica Imperial Rusa. Del lado boliviano, desde el sur, lo eran por el teniente V. Ustarez –el «fantasma» Ustarez– que había acompañado las fundaciones bolivianas de Esteros a Camacho; desde el norte, entrando por Roboré, lo eran por A. Ayoroa, que deslizaba su empeño por el curso inconstante del Timane. Belaieff tuvo noticias de la laguna en su primera exploración al Alto Paraguay a fines de 1924. Se le acercó sin resultados en un intento de 1926 y casi pudo verla cuando, dos años más tarde, tuvo que torcer rumbo ante el mismo sutil entramado de celosí-

1. Una versión preliminar de este artículo fue publicada en J. BRAUNSTEIN & N. MEICHTRY N. (dir.) [2008], *Liderazgo, representatividad y control social en el Gran Chaco Sudamericano*, Buenos Aires, Eudene, p. 150-176.

as y territorialidades indias que otrora se había cobrado la vida de Guido Boggiani. Sin mayor suerte intentó Ustarez por tres veces dar con la laguna para que tres veces le escondiera ésta sus aguas obligándolo a volver, agotado y quebrado por la sed. Belaieff avanzaba de este a oeste, saliendo desde los puertos que puntuaban las costas del río Paraguay. Ustarez lo hacía de sur a norte, partiendo desde las posiciones más septentrionales del dispositivo militar boliviano sobre el Pilcomayo. La patrulla paraguaya avanzaba guiada por baqueanos chamacoco; la de Ustarez, por baqueanos niwaklé. En marzo de 1931, tras dos meses de exploración, el equipo dirigido por Belaieff alcanzó la laguna.

Si decidimos aquí entrar a la guerra del Chaco desde el problema de las exploraciones de Belaieff, es porque nos parece que éstas proponen y contienen, desde el principio, las claves principales según las que comprender las profundas transformaciones que la guerra introdujo en la región. Hipótesis de trabajo: a diferencia de otros contextos chaqueños, la entrada militar sobre el Alto Paraguay no puede explicarse por argumentos de fuerza. Sin signo alguno de violencia o coacción, patrullas militares de muy reducida envergadura avanzan hacia espacios hasta entonces libres de toda ocupación colonizadora, y lo hacen guiadas por las mismas gentes que habitaban la zona. No es el caso, por ejemplo, en la zona del Pilcomayo o en el Chaco central, en donde fuertes contingentes militares «atropellan» y enganchan por la fuerza sus guías y baqueanos. Descartado aquí el argumento de fuerza, el avance de las patrullas sólo puede ser comprendido si se lo inserta en el entramado de oposiciones y contradicciones políticas, sociales y territoriales que trabajaban la región. Es decir que estas exploraciones organizan algo como una cartografía en negativo de esas contradicciones; revelan el juego de intereses contrapuestos, de alianzas y de tensiones sobre el que vino a descansar el avance militar (quién –y contra quién– quiso que Belaieff alcanzara la laguna? Qué tipo de apoyos y qué resistencias encuentran los militares? etc.) Hipótesis

secundaria: ese campo de oposiciones e intereses contradictorios sólo aparece si se logra identificar *sociológicamente* a los baqueanos que acompañan las exploraciones. En cada caso, quiénes son estos personajes? Qué posición ocupan en la sociología de las tolderías y los campamentos? Entre qué estratos recluta el ejército? En qué tensiones sociales se inscribe? etc.

A estas alturas el trabajo no puede más que ser preliminar. Cruzando información de archivo y registros de terreno, pueden entreverse las líneas generales del problema. Podrá saberse que allí los militares se apoyaron entre los «cautivos» detenidos en los campamentos; que más allá avanzaron con quienes se hallaban ya enganchados en el frente de colonización; que más acá su avance fue instrumentalizado para cobrarse una secreta revancha o reconquistar alguna aguada indígena, etc. Estas líneas generales permiten por cierto hacerse una idea más fina que la corrientemente vehiculada sobre la heterogeneidad y la complejidad sociológica de ese espacio; pero son apenas todavía una pista posible, una tímida ventana desde la que dar sobre uno de los momentos más densos en la historia reciente del Chaco indígena.

Belaieff exploró el Alto Paraguay entre 1924 y 1931. Pueden dividirse sus exploraciones en tres conjuntos distintos, según el punto del río a partir del cual avanzó hacia el oeste. Esta distinción es importante, pues reinscribe cada exploración –y sus baqueanos– en un paisaje social preciso. Se trata en cada caso de poblaciones distintas cuya situación respecto del frente de colonización y respecto de los otros grupos indígenas era también disímil. El primer conjunto de exploraciones reúne aquellas que partieron de Bahía Negra, en 1924, 1925 y 1928 [1]. En Bahía Negra, Belaieff

1. Conocemos tres de los informes que Belaieff elevó al Ministerio de Guerra y Marina. J. Belaieff [1924], «Informe de la misión de reconocimiento de 1924 elevado al Ministerio de Guerra y Marina», Biblioteca Ossuna-Massi, Asunción; J. Belaieff [1925], «Informe de la misión de reconocimiento de 1925 elevado al Ministerio de Guerra y Marina», Biblioteca Ossuna-Massi, Asunción; J. Belaieff [1928], «Viaje de reconocimiento a Bahía Negra por orden del Ministro de Defensa, Guerra y Marina Luis A. Riart». - Archivo del Ministerio de Defensa Nacional. Asunción. Agradezco a Adelina Pusineri y Osvaldo Massi por haber orientado la búsqueda.

traba lazos con la periferia indígena del puerto militar (los «chamacoco» *propiamente dichos*) y remonta las cadenas de transición hasta los campamentos interiores (los «horio» de la literatura etnográfica) situados en los alrededores de la laguna Oia. Estas cadenas, hechas de circulaciones mixtas y de lazos parentales, unían los campamentos interiores (Moiexné, Ountasido), sometidos a la presión creciente de las incursiones «murro» (moro), y las tolderías más o menos permanentes que se situaban en la periferia del puerto fluvial y que organizaban la mediación con el frente colono. La primera expedición de 1924 es retomada casi inmediatamente por una segunda en 1925. En 1928, el general ruso intenta pasar mas allá de Oia, siguiendo las aguadas que en algunos períodos del año conectan con Pitiantuta. Pero sus guías «horio» desertan la empresa y se niegan a pasar más allá de Hipurit, hacia el país «tomaraho». El fortín Coronel Bogado (1931) es el rastro visible de la frontera india que le obligó a devolver camino.

Frenado en su avance al sud-oeste de Oia, Belaieff intenta penetrar en el Chaco partiendo de una posición más meridional: Puerto Talavera y Puerto Voluntad habían sido recientemente fundados para explotar los quebrachales que se acercaban al río. Algunos grupos «ebytoso» se habían instalado allí y es por su intermediación que el explorador ruso intenta alcanzar, desde el este, el mojón que había instalado, entrando desde Bahía Negra, en Hipurit. Sabemos, gracias a un fragmento de sus memorias publicado por Fernández [1], que avanzó hasta el futuro emplazamiento del fortín Gral. Díaz (1928, cerca de Oieta) y más allá, hasta el futuro fortín Torres (1931, al oeste de Inmakata). Impedido una vez más de pasar más allá de las invisibles fronteras que limitaban a sus guías, Belaieff no pudo alcanzar Pitiantuta, de cuya existencia recibe sin embargo informaciones precisas.

Sin haber podido alcanzar el lago desde el norte con sus guías «horio» y frustrado en su avance desde el este con los guías

1. J.C. Fernández [1955/87], *La Guerra del Chaco*. - Buenos Aires, 1955, vol I., p. 60-64.

«ebitoso», el militar intentará alcanzarlo desde los puertos industriales de Casado y de Sastre, sensiblemente más meridionales, pero cuyas líneas férreas se adentraban por algo de cien kilómetros hacia el interior del Chaco. En 1928 intenta una primera entrada, acompañado por guías «tomaraho», pero no logra dar con la laguna. En 1930, partiendo del kilómetro 145 del tren de Casado, emprende la exploración definitiva, la que le permitirá fundar el fortín C.A. López (1931) sobre Pitiantuta. Belaieff pudo entonces conectar la malla de senderos y mojones que había abierto en sus expediciones anteriores. De Pitiantuta al norte, enlazó con Hipurit, donde habían acabado sus exploraciones comenzadas en Bahía Negra. Al este, hacia Inmakata, encuentra el rastro de las que había iniciado en Puerto Voluntad. Hacia el sur, por último, una senda definitiva abría el acceso a la laguna desde Punta de Riel. Sobre éste último conjunto de exploraciones las fuentes son heterogéneas. A. von Eckstein, que acompaño la última expedición de Belaieff, publicó cuarenta años más tarde una descripción detallada de los dos meses de exploración [1]. Disponemos también de tres detallados relatos indígenas de esas exploraciones, algo como la «versión de los baqueanos». El primero, registrado por E. Cordeu en Puerto 14 de Mayo [2], y el segundo, que registramos en Puerto María Elena [3], cuentan la historia del Cacique Chicharrón, guía de Belaieff en la última expedición hacia Pitiantuta. El tercero, más fragmentario, también registrado en María Elena, narra los conflictos y deliberaciones de dos «caciques» tomaraho, Wajalé y Conito, frente a la entrada militar sobre la zona [4].

---

1. A. von Eckstein [1986], *Pitiantuta, la chispa que encendió la hoguera en el Chaco Paraguayo*, Asunción, 1986, p. 109.

2. E.J. Cordeu [2003], «Textos etnohistóricos de los Ishír del Chaco Boreal», in: J.C. Cordeu, A. J. Fernández, C. Messineo, E. Ruiz Moras & P. Wright (eds.), *Memorias Etnohistóricas del Gran Chaco,* Buenos Aires, 2003, «Ciclo del cacique chicharrón». Ver también el texto de E. Cordeu en este libro.

3. N. Richard [2008], *Les chiens, les hommes et les étrangers furieux*, Paris, janvier 2008, anexo I, «Historia de Chicharrón».

4. Richard, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Conito y de Wajalé».

Vemos entonces cómo estos tres conjuntos de exploraciones ponen en juego, sobre fondo de un mismo problema, elementos y variables distintas. Partiendo de un puerto militar (Bahía Negra), de un reciente puerto Maderero (Pto. Voluntad) o del más grande puerto industrial de la zona, las expediciones de Belaieff iluminan los mecanismos, en cada caso diferentes, que organizan la mediación entre el dispositivo militar y el mundo indígena. Las formas, las lógicas y los actores de esa mediación cambian según se trate de un puerto industrial o de un cantón militar; la posición sociológica de los guías cambia también, así como la morfología de las cadenas de mediación que organizan la relación entre los campamentos interiores y las tolderías periféricas. Permiten también entender un poco mejor y complejizar nuestras comprensión de unas particiones –«horio», «ebitoso», «tomaraho»– que la antropología ha terminado por reificar y que los comentaristas, tras Baldus, no han cesado de repetir acríticamente.

De Yuableh Espinoza y de Manuel Tiod

Hay que imaginarlo al general ruso Ian Timofeevich Belaieff desembarcando en Bahía Negra, por una mañana de primavera, en octubre de 1924. Tras la derrota de Wrangel en Crimea, en donde sirvió como General Mayor e inspector de artillería, y la huída desesperada por Odessa, Belaieff desembarca en Constantinopla, base excéntrica del ejército blanco, y luego en Alejandría, donde encuentra a su mujer. Von Eckstein, que aporta algunos elementos biográficos de Belaieff, señala que éste habría pedido al embajador norteamericano en Turquía *«irse lejos, lo más lejos posible del imperio perdido»*[1]. El personaje es vertiginoso. Belaieff atraviesa sin retorno el Atlántico, pone por pri-

1. Eckstein, *op. cit.*, 1986, p. 25-29.

mera vez sus pies en América, se embarca en Buenos Aires, remonta mil quinientos kilómetros de río hasta la improbable Asunción, se entrevista con el Ministro de Guerra, se pone a disposición del ejército Paraguayo y algunos meses mas tarde, como si el recuerdo furioso de Crimea no le diera descanso, remonta otros mil kilómetros de río para desembarcar, como si no hubiese tenido nunca otra idea en mente, por una mañana de octubre, en la inverosímil bahía Negra –lejos, *lo mas lejos posible*. Va comisionado por el Ministro de Guerra y Marina para inspeccionar el lugar y preparar los planes de defensa ante un eventual conflicto armado.

Las cosas iban a su ritmo en Bahía Negra. Quizás un centenar de soldados y colonos, más las tolderías aledañas y algún pasajero de paso conformaban la población de lo que, no sin cierta exuberancia, algún historiador pudo llamar un «próspero puerto industrial»[1]. La guerra no era más que una especulación lejana cuando Ian Belaieff (en adelante Juan Belaieff) acosta en el embarcadero. Su primer informe es desolador. Tras un mes y medio en el lugar no ha logrado todavía alejarse a más de algunos metros del pueblo. Un solo incidente que reportar, una expedición guiada por un tal González, que era «baqueano y vecino del pueblo», en la que alcanzó el fortín Galpón, al norte de Bahía Negra. El trámite es breve, demasiado breve y no es sin alguna angustia que Belaieff debe constatar que *«a pesar de la opinión general, el vecindario sale del desierto sólo hasta los límites de su ganadería. Fuera de sus corrales y de sus campos el vaquero se pierde, o mejor dicho, niega la posibilidad de alcanzar aquello que esté más allá de su alcance»*[2]. Viven en efecto de espaldas al Chaco, al que no entran sino muy raramente –una vaca perdida, una partida de caza- y de modo limitado. Tampoco es sin cierta desconfianza que los colonos y los militares acogen la presencia de este extranjero indescifrable, enviado directo del Ministro de guerra, y que

1. A.F. Casabianca [1999], *Una guerra desconocida*, Asunción, 1999.
2. Belaieff, *op. cit.*, 1924.

busca saberlo todo y anotarlo todo sobre el pequeño mundo de Bahía Negra. Los «vecinos del pueblo» han mostrado ya todo lo que pueden o quieren mostrar –el fortín y algunas instalaciones. Se suceden días de tediosa y perfecta inutilidad en los que el militar no logra salir de Bahía Negra: *«siguen los trabajos de reconocimiento y levantamiento, en los alrededores de Bahía Negra, a pié y a caballo, fracasando todas mis tentativas de encontrar un baqueano del Chaco»* [1]. Belaieff ha medido todo lo que pueda medirse en Bahía Negra e imaginado todas las batallas que Bahía Negra pudiera librar, pero lo acecha la inmensidad de lo que se le escapa. Recibe noticias de unas lagunas *«que nadie ha visto ni alcanzado, salvo pocos indios que viven en los alrededores del pueblo»*. Catorce días más tarde, sin que nada quiera moverse, declara que le ha sido *«imposible vencer la desconfianza de los indígenas»*. Había que imaginarlo, a Belaieff, naufragando en Bahía Negra: *«como alcancé el 14 de Noviembre sin poder encontrar un solo guía, blanco ni indio, me dispuse a salir sólo y con la ayuda de mi brújula a través del terreno desprovisto de agua en busca de dichas lagunas»* [2].

La laguna de la que habla, lo hemos visto, es Oia. No se trataba propiamente de una laguna, sino el último suspiro septentrional de una escorrentía estacional que, recogiendo las aguas del fondo chaqueño, remontaba de sur a norte en sentido paralelo pero inverso a las aguas del río Paraguay. En época seca, la línea de aguadas se interrumpía permitiendo la formación estacional de «lagunas» como Oia [3]. Los «pocos indios que viven en los alrededores del pueblo» son, dirá Belaieff, «Horios».

Detengámonos un segundo sobre este punto. Baldus, que tiene sus informaciones del *«homem que hoje melhor conhece esta parte do Chaco»*, *«l'antiguo general ruso I. Belaieff»* [4], apuntará a partir de

1. Belaieff, *op. cit.*, 1924.

2. *ibid.*

3. Agradezco a Jorge Escobar por su ayuda en la identificación de Oia. Correspondencia personal, de Jorge Escobar a N.R. del 22/07/2006.

4. H. Baldus [1931b], «Notas complementâres sôbre os indios Chamacoco», in: *Revista do Museu Paulista*, São Paulo, 1931, vol. 17.

éstas una fórmula que con el tiempo adquirió un valor canónico [1]: «*los chamacoco que conocemos, se reparten en tres tribus, los Hório, los Tumereha y los Ebidoso*» [2]. Según el argumento corrientemente esgrimido, los «horio» habrían desaparecido tras la guerra, de modo tal que en la actualidad los Ishir se distribuirían tan solo entre los «tomaraho» («tumereha») y los «ybytoso» («ebidoso»), los únicos grupos reconocidos por el último censo indígena. Pero volvamos un instante sobre la formulación de Baldus, pues no deja de plantear ciertos problemas. El primero es de orden político y demográfico. Según señala Baldus, retomando las indicaciones de Belaieff, los «Horio» serían algo de doscientas personas instaladas en la periferia de Bahía Negra y tendrían por cacique a un tal «Churbit», los «Ebidoso» corresponderían a cerca de ciento setenta individuos instalados en las cercanías de Puerto Voluntad y reconocerían la autoridad de un tal «Wiwi», mientras que los «tumereha», *«têm 60 grupos dirigidos por subchefes com 301 familias ao todo, quer dizer:* […] *1500 individuos»* [3]. Esto es, la población ishir del interior del Chaco era siete veces más significativa que los breves campamentos horio y ebidoso instalados en la proximidad del río. Cabe entonces preguntarse si acaso «tumereha», «horio» y «ebidoso» describen entidades de un mismo nivel de realidad, es decir, si acaso puede pensárseles como entidades de algún modo equivalentes. A este problema hay que sumar otro, esta vez de orden nominal. Pues Baldus agrega esta enigmática anotación: *«Cada uma das tres tribus Hório, Ebidoso e Tumereha, chama-se a si mesma Hório. Mas, como a tribu designada por mim Hório, é conhecida pelas duas otras sob o mesmo nome, parece conveniente conservar esta designacao»*. Más precisamente dirá Baldus que *«Hório (o Orio) significa em Ebidoso: nós (com exclusao da*

1. La tripartición de Baldus fue por ejemplo retomada recientemente, de modo acrítico, por A. FABRE [2005/07], «Los pueblos indígenas del Gran Chaco y sus lenguas», in: *Suplemento Antropológico*, Asunción, 2007, parte 4: «Los Zamuco», vol. XLII, nº 1.

2. BALDUS, *op. cit.*, 1931b.

3. *ibid.*, p. 534.

pessoa con quem fala, como el "oré" em guaraní)»[1]. Guardaremos una duda razonable respecto a la conclusividad del argumento. Qué hacer con estas tres tribus que ora se confunden ora se distinguen bajo un mismo nombre? En qué sentido «parece conveniente» reservar este nombre para una sola de ellas? Y por qué una palabra que querría decir «nos-otros», *en ebidoso*, es utilizada para nombrar… a los otros, en este caso, los «horio» *propiamente dichos*. No abundaremos aquí en el problema, pero notemos por lo pronto que tanto objetivamente (composición demográfica y organización política) como nominalmente (pertinencia y pragmática de las denominaciones) la partición de Baldus presenta varios problemas y amenaza con ser bastante menos segura de lo que la antropología posterior a querido creer.

Intentemos pues otra hipótesis. Actualmente, para un locutor «tomaraho», «horio» tiene un sentido peyorativo cercano a «ladrón». Recordemos que, inversamente, según Baldus, *«a palabra Tumereha e para os Horio e Ebidoso injuriosa»*. Tenemos pues que «tomaraho» (con un sentido cercano a «dispersos» o «perdidos», «del monte»)[2] es un término injurioso para los ebidosos y horios, y que «horio» es un término injurioso para los tomaraho. De «tomaraho» tildan las poblaciones ribereñas a las del interior y como «horio» tratan éstas a las de la costa. No sólo hay que constatar la existencia de un sistema de denominaciones cruzadas sino, todavía, la ausencia de algún nombre propio o autónimo. Pues los tomaraho consentirán en que su nombre es «tomaraho» tanto y como los horios y los ebidoso *«cham-se a sí mesmo Hório»* al punto que Baldus puede creer que *«em ebidoso»* horio quiere decir «nosotros». Es decir que los tomaraho se dejan llamar por el nombre que les dan los horio tanto como éstos responden al término que le dan los tomaraho. *«Mas os Tumereha dizem: e verdade, êles nos chamam assim, isto porém nao e palabra inju-*

1. Baldus, *op. cit.*, 1931b., p. 531-532.
2. E.J. Cordeu [1981], *Aishtuvénte*, Buenos Aires, 1981; Richard, *op. cit.*, 2008.

riosa, nós somos Tumereha» [1]. Los tumereha llaman «ladrones» (horio) a los grupos instalados en la periferia del frente de colonización, sobre el río. Los del río llaman a su vez «dispersos» o «perdidos» (tumereha) a los del interior. Pero queda todavía esta cuestión por resolver. Pues si «tomaraho» y «horio» son respectivamente términos adjetivantes, «ebidoso» responde ostensiblemente a otra regla de composición, declinando el término «ybyta» en la partícula genitiva «os», pluralizada en «oso», *«los de»*. Participa del mismo nivel de realidad que los términos «arrebytoso», «duweroso» o «asunción-oso», pero no que «tomaraho» u «horio». Muy recientemente, un discutido líder indígena argumentaba la etimología del término «ybytoso": «*Ybyta, asiento, cosa que sirve para sentarse. Fondo, en una superficie de terreno, la parte donde termina la longitud de un valle, arich ybyta.* […] *Por consiguiente Ybytoso significa, literalmente, los que residen en el fondo, o los que se quedaron en el fondo, o los que se han quedado en el fondo. En sentido figurado significa el remanente o resto»* [2]. El autor aboga por la utilización genérica del antropónimo «ishir» y el abandono del término Ybytoso (ebidoso), que es el que reconoce el último censo indígena. No sin alguna insidia puede entonces preguntar *«si algunos hermanos no se identifican como Ishyro y persisten en llamarse solamente Ybytoso, les preguntamos ¿De qué pueblo son ellos el resto?»*. No es necesario suscribir al argumento para atender la pertinencia de la pregunta, aún si su formulación es aquí retórica. Pues así como «tomaraho»/«horio» indica una fractura política y social sobre la que se monta un sistema de denominaciones cruzadas, cabe preguntarse de qué sistema participa el término «ebidoso». Apuntaremos también esta cuestión de modo hipotético. Sabemos que, interrogados por Baldus, los ebidoso se declaran horio. Es decir que en la partición tomaraho/horio, los de Puerto Voluntad (ebidoso) aceptan confundirse con los de Oia (horio). Más en otra cir-

1. Cordeu, *op. cit.*, 1981, p. 532.
2. P. Barbosa [2005], «Mi pueblo se llama Ishyr», in: *Ultima Hora*, Asunción, 22 de junio.

cunstancia, según indica el mismo Baldus, los ebidoso se distinguen de los horio, reconociéndolos distintamente como «horios». ¿Para quién son los ebidoso «los del fondo» o «el resto»? Todo indica que para los horio de Bahía Negra que es de donde, lo hemos visto, tiene sus informaciones Belaieff: *«O nome Ebidoso foi-me comunicado por Belaieff como própio desta tribu; conservo-o por causa da distinçcao»* [1]. De modo que tenemos una fractura principal tomaraho/horio doblada de este lado por una oposición secundaria entre los de Bahía Negra y los de Puerto Voluntad, estos últimos, ebidoso. Veremos más adelante lo que ocurre al interior de los «diseminados» tomaraho.

Volvamos al militar. Tras un mes y medio de espera estéril, Belaieff se decide a emprender el viaje solo. Pero poco después de salir de Bahía Negra irá descubriendo que el desierto no era tal y que no son pocos los que traficaban regularmente el cañadón que unía el puerto a Oia. Los baqueanos de Belaieff entrarán progresivamente en escena. Yuableh Espinoza y Manuel Tiod serán los primeros. Apenas y se ha alejado Belaieff de Bahía Negra cuando da «felizmente» con la casa de los hermanos Allende en donde se apersonan también los hermanos Benítez. De ellos dice Belaieff que *«me permitieron vencer todas las dificultades creadas por las personas que temían las consecuencias de este reconocimiento»* [2]. La intervención de los colonos le permite hacerse de los servicios de *«dos baqueanos, los indios chamacoco Manuel Tiod y Yuableh Espinoza, los cuales me prometieron su ayuda»* de modo que al día siguiente *«salimos de la casa del Sr. Bernardo Aliende (sic), yo y los dos indios chamacocos, los tres a caballo, ellos armados de escopeta y yo con una carabina Máuser»* [3].

En las confusas onomásticas de la frontera, retraducidas aquí por la heterografía del general ruso, los nombres y apellidos corren por carriles inciertos y disímiles. Si nos fiamos de los nombres actualmente en uso entre los tomaraho, por lo general, el ape-

1. Baldus, *op. cit.*, 1931b., p. 531-532.
2. Belaieff, *op. cit.*, 1924.
3. *ibid.*

llido mantiene su rol de filiación, de modo que quien lleva apellido paraguayo, «viene de paraguayo». El nombre transcribe en cambio una geometría múltiple de identificaciones. Quien lleva por nombre un apellido (p. ej., don Sánchez o don De los Santos), en general ha tomado por nombre el apellido de algún patrón o capataz. El apellido, vuelto nombre, no tiene ya facultad de transmitirse. Identifica al sujeto, y sólo al sujeto, más éste no puede organizar filiación a partir de él. Suerte de castración onomástica por la que el nombre produce sin reproducirse: recibe un apellido que traduce una relación de producción (patrón-peón), más lo recibe estéril, vuelto nombre. «Palacios», «Sánchez» o «De los Santos» participan de una onomástica que es reflejo vibrante pero infecundo, unigeneracional, del mapa político (y productivo) que teje el frente colono. Pero de algún modo ha de indicarse filiación, de modo que los nombres pueden a su vez ser endurecidos como apellido. Félix Mauro, patriarca de una importante familia tomaraho, tuvo dos patrones, Félix y Mauro. «Mauro», porque es un nombre, pudo ser el apellido de una prolífica descendencia Mauro.

¿Quién es entonces Espinoza? ¿Quién es Yuableh Espinoza? Tres meses más tarde, cuando su segunda expedición, Belaieff declara que *«ha sido para mí muy sensible la falta en esta expedición de mi antiguo guía Espinoza»* [1]. Yuableh era probablemente hijo de padre paraguayo o de mestizo apellidado. Y quedará por saberse si el enigmático Yuableh no es travestimiento de algún Yahvé. Como fuera, Belaieff lo encuentra una primera vez conchabado o avecindado en donde los hermanos Allende y tres años más tarde, cuando llega al campamento horio de Oia, Belaieff declara haber encontrado *«a mi viejo amigo Espinoza, quien me comunicó todas las novedades por estado del agua»* [2]. Sabemos entonces que Yuableh habitaba un espacio mixto, transitando entre los campamentos horio interiores y la periferia de Bahía Negra, ahí donde

1. Belaieff, *op. cit.*, 1925.
2. Belaieff, *op. cit.*, 1928.

«esos pocos indios que viven en los alrededores del pueblo». Aventuremos que Yuableh alternaba entre el «barrio» de su suegra y cuñadas en el campamento de Oia y el de su madre –¿y hermanas?– presumiblemente unida a un paraguayo en las cercanías de Bahía Negra.

Si Yuableh Espinoza guarda el apellido paraguayo y sumerge su nombre en la incógnita, Manuel Tiod invierte la operación y sólo nos deja ante el nombre de «Manuel», indeterminándonos su filiación. En la exploración de 1925, Belaieff vuelve a encontrarlo: *«… mi baqueano Manuel Tiod me respondió lacónicamente "aquí no se puede conseguir nada"»*. Manuel acaba de exhortar a Belaieff a que abandone el avance. Agotado, este último decide esperar mientras Manuel vuelve al campamento indio por ayuda: *«una hora y media más tarde, ya oí las exclamaciones de mi cuadrilla, que me buscaba en el alto pasto del campo, temerosos de llegar demasiado tarde»*. Viejo motivo Ishir, los baqueanos irán apareciendo siempre de dos en dos, *ágalos*, compañeros de caza y trabajo, muchachos que entraron juntos al recinto iniciático como más tarde lo harán a los cuarteles militares. Pareciera entonces que Yuableh y Manuel son pares, el primero hijo de mestizo y casado con indígena, el segundo indígena, acompañando al primero. En 1928 Belaieff vuelve a Bahía Negra y hemos visto que se encontrará con Yuableh en Oia. Cuando emprende su expedición dice ir acompañado por *«Manuel (indio Chamacoco) que iba en busca de su toldo, situado sobre la misma laguna Oia»*. Belaieff no nos dice si este «Manuel» es «Manuel Tiod», pero conjeturemos la probable existencia de un mismo individuo tras estos dos manueles. Los dos acompañan a Belaieff de Bahía Negra a Oia, los dos viven en Oia, los dos, por último, aparecen siempre junto a Yuableh. De Manuel dirá Belaieff en 1928 que era *«peón del Sr. Fretes»*. No quisiéramos aventurar que Fretes haya podido ser *Manuel* Fretes, pero sí quizás que se trata del mismo Fretes con el que Belaieff avanzó por primera vez hasta el fortín Galpón. Sin abundar en elementos inciertos, digamos simplemente que Manuel acompa-

ñó las tres exploraciones de Belaieff en la zona, y que como Yuableh, transitaba también entre Bahía Negra y Oia. Digamos, por último, que ambos iban montados y armados.

Apuntemos esta cuestión. Hasta aquí, Belaieff da siempre con sus baqueanos a través de la mediación de los colonos. Manuel es peón de Fretes y Yuableh aparece tras mediación de Allende. Sólo que, mientras los colonos poco se interesan por lo que pueda ocurrir tierra adentro, «más allá de sus corrales», Belaieff toma el hilo y remonta las mestizas cadenas de mediaciones que lo llevan al interior del Chaco, hasta Oia. Pero tal estructura es previsiblemente inestable, pues tomando contacto directo con las gentes del interior el rol mediador del colono se diluye. Si en determinados contextos chaqueños la guerra viene a confirmar una dinámica de colonización de la que no es mas que una prolongación, en otros en cambio, la entrada militar tiende a subvertir las formas preexistentes del frente de colono.

No tenemos más noticias de los baqueanos que abrieron a Belaieff la ruta hacia los campamentos interiores durante la exploración de 1924. Pero el desánimo que empapó las primeras semanas de su expedición, se tuerce ahora, tras volver de Oia, en una euforia que linda con el delirio. Tras esgrimir los infinitos planes de defensa que pudo imaginar para Bahía Negra y distribuir por la concreta selva múltiples y abstractas líneas de contención y nidos de ametrallamiento, Belaieff concluye en esta apología táctica o estratégica: *«Sólo la caballería puede efectuar travesías desprovistas de agua, solo ella puede tener y mantener observación por todo el desierto y ella solo puede decir la última palabra en el combate»*. Pues en efecto, *«sin caballería, la más endurecida y mejor organizada infantería, presentará una vista lamentable, perdida por completo en el desierto, con su pasto alto, sus palmares y sus bosques, atada a su tren de bueyes con agua e incapaz de mantener contacto con el adversario; en una palabra absorbida por el inmenso espacio del territorio»* [1]. Quizás lo sacude

1. Belaieff, *op. cit.*, 1924.

aún el derrumbe de Odessa, quizás imagina ante sí las vastas estepas orientales o es quizás Bahía Negra, Bahía Negra la distante, que de pronto se vuelve irreal y magnífica, imperial: *«todas las principales naciones que tienen colonias han formado y a veces basado sus fuerzas en la tropa de Color, es inútil buscar ejemplos. Y como siempre mi patria ha tenido la caballería, la más numerosa y la más eficaz, probada en siglos de guerra, puedo afirmar que el Paraguay puede tener si quiere, por nada, la mejor caballería en el "nuevo continente"; y mejor todavía que la caballería inglesa, aún la de sus famosos "Sikhs" y de la caballería Negra Francesa»*. El argumento de Belaieff, contenido en el suplemento a su informe, concluye en una recomendación formal al ministro de guerra para la creación inmediata de una caballería chamacoco. Y un cuerpo de Guardia fronteras. Nos ahorramos aquí el detalle logístico del plan de Belaieff. Hay que imaginar ahora la expresión en el rostro del teniente Fretes y del capitán Cabrera, de ellos y de los diez atónitos soldados acantonados en Bahía Negra cuando Belaieff les expuso sus planes. Pero hay que imaginar también, la expresión de quienes, en la laguna Oia, se vieron de pronto cabalgando por las infinitas estepas mongolas.

Desconocemos el tenor de la entrevista que el general ha de haber tenido en Asunción con el ministro de guerra (a quien respondía por sus exploraciones), pero si en su segunda visita a Bahía Negra, en 1925, Belaieff ha renunciado parcialmente al tono imperial desde el que justificaba la formación de una «tropa de color» en el ejército paraguayo, la caballería persiste como una verdadera obsesión. El informe de su exploración de 1925 es una argumentación en regla para la conformación inmediata de un cuerpo de caballería. Belaieff imagina la guerra por venir como una guerra *«a caballo, con sable y escopeta»*. Lo persigue el recuerdo de una guerra que no será. Por esos años Paraguay y Bolivia confiscan durablemente sus erarios públicos en la adquisición de los materiales para una guerra técnicamente contemporánea de la guerra civil española. Será una guerra de metralla y camiones, de gasoil y morteros. Esto explica quizás el rol mar-

ginal que jugará Belaieff en el desarrollo del conflicto. Recluido a posiciones de retaguardia, sólo aparecerá de tanto en tanto como inspector de fortificaciones o como consejero militar, mas nunca como actor activo de la oficialidad en campaña. La importancia del esfuerzo realizado por Belaieff en los años que preceden el conflicto y la marginalización de la que es objeto durante el mismo dejarán una amarga impresión en el ruso [1]. Ese mismo año de 1925, sin embargo, tras efectuar su exploración en el Alto Paraguay, Belaieff participará en las tareas de reconocimiento y fundación del fortín Nanawa, en el sector central del actual Chaco paraguayo. Es el comienzo de una segunda historia, de la que no trataremos aquí, en la que Belaieff toma contacto con los grupos indígenas de la zona, particularmente con los Makás, a los que secundará más tarde cuando la creación de la colonia indígena Maká en Asunción [2]. Lo que queremos apuntar aquí es que entre su primera exploración de 1924 y el conflicto, Belaieff irá rodando una idea bastante afinada del rol que cabrá a los baqueanos indígenas en el acompañamiento y conformación de las unidades de combate paraguayas. Su reflexión se nutre en la experiencia acumulada sobre el amplio frente militar paraguayo, desde la meridional Nanawa hasta la septentrional e irreductible Bahía Negra. Progresivamente, Belaieff se constituye en una suerte de ideólogo de los baqueanos indígenas que serán incorporados a las unidades paraguayas. Algo de aquello empieza a dibujarse en su informe de 1925 : *«la grandeza del éxito va a corresponder a la fuerza de este cuerpo a caballo; debido en primer lugar a la energía e inteligencia de su Jefe y a la calidad de los baqueanos indispensables para cualquier destacamento aislado»* [3]. Juan Belaieff es un personaje alucinante. Tras Odessa y un muy corto

1. Fernández, *op. cit.*, 1955/87, vol I., transcribe algunos fragmentos de una carta que Belaieff le envió, fragmentos en los que el ruso expone las razones de su desánimo.

2. Ver E. Herrero Galiano & D. Berná Serna [2004], «Los Maká», in: *Suplemento Antropológico*, Asunción, 2004, vol. XXXIX, nº 2; J. Braunstein [2003], «Los Maká: Tradición y turismo», XXIII Encuentro de Geohistoria Regional, Oberá [Misiones], 2003.

3. Belaieff, *op. cit.*, 1925.

periplo europeo, apenas si estuvo en Buenos Aires y no mucho más en Asunción antes de desembarcar en Bahía Negra, y se propone ahora para dirigir una caballería india, una *«como nunca antes se ha visto en el nuevo continente»*. Pero qué ha podido ver Belaieff en Oia como para pasar del desánimo inicial a la euforia con la que planea ahora la conformación de una caballería chamacoco? No es de extrañar que el retorno de Belaieff a Bahía Negra tras la primera exploración de 1924 haya podido producir cierta expectación en la población local.

De uno al que decían Cayubeo y del Capitán Pinturas

… imaginar pues la expresión del teniente Fretes, del sargento Cabrera y de la decena de hombres que conformaban la guarnición militar de Bahía Negra cuando el general ruso Ian Belaieff, que había salido «sólo con su brújula», reaparece, exultante, tras una semana sin dar noticias, y les explica que el Paraguay, *«como todas las naciones que tienen colonias»*, se debe de constituir un cuerpo de caballería y un cuerpo de guarda fronteras «chamacoco», equipados, montados y armados por el Ministerio y dirigidos por él mismo. El teniente Fretes (¿*Manuel* Fretes?), Cabrera y sus hombres se habían alejado muy raramente más allá del desierto de palmeras que bordea el río. Vivían en un relativo aislamiento, profundamente implicados en *la vida* de Bahía Negra, y si ocurría que salvaguardaran una soberanía por ese entonces bastante virtual, estaban sobre todo ahí para ocuparse… del «problema chamacoco». Es de ellos que habla Fric, cuando señala que *«ni los militares lograban hacer trabajar a los chamacocos* [por causa de una epidemia]»[1]. Es también a ellos que se refiere Baldus, cuando señala que los militares de Bahía Negra

1. A.V. Fric [1993], *Cervicek o Un indio conquista Europa,* Praga, 1993 (trad. inédita del checo por Ingo T. Herzig).

habían debido partir, en 1924, a traer de vuelta unos blancos indianizados que amenazaban con «sublevar» a los chamacoco [1]. Así que no es sin alguna sorpresa que el cuartel de Bahía Negra recibe la noticia que estos «chamacoco», que hasta entonces debían vigilar y controlar, iban no solamente a ser armados, vestidos y equipados por el ejército, sino que además un estatuto militar les iba a ser reconocido: llevarían uniforme.

Hay que imaginar también la reacción de los colonos de la región cuando supieron de las conclusiones a las que había llegado Belaieff. Puesto que si esta gente vivía *efectivamente* gracias a la ausencia de Estado, lo hacía *ideológicamente* en una permanente demanda de Estado, como una queja reiterada al Estado: se enteraban ahora que éste iba a privarles *efectivamente* de su superioridad técnica o militar y que lo iba a hacer *ideológicamente* en nombre de la nación y de su enemigo externo. Los planes de Belaieff amenazaban con transformar bien profundamente la pequeña trama política de Bahía Negra. Y el hecho de que el cuerpo «chamacoco» fuese a ser dirigido por Belaieff en persona no era argumento suficiente para tranquilizarlos, bien al contrario: después de todo, desde el punto de vista de los colonos, quién diantres era Juan Belaieff? Qué conocimiento podía tener el ruso de *la realidad* de Bahía Negra? Qué tipo de vínculos, qué complicidad tenía con la gente del lugar? Qué garantías podía darle? Hay que imaginar pues a esos colonos que vivían del trabajo indígena pero que «*no soportaban a los indios*» [2] viendo cómo, bajo sus narices, estos «indios», en nombre del interés superior del país, iban a articular una relación directa con las autoridades de Asunción.

Y hay que imaginar al fin y sobre todo la estupefacción de todos los Yuableh y otros Manueles cuando Belaieff les promete, ante los ojos de Fretes y Cabrera, el apoyo del Estado en

1. H. Baldus [1927], «Os Indios Chamacocos e a sua lingua», in: *Revista do Museu Paulista*, São Paulo, 1927, vol. 15, nº 2.
2. Fric, *op. cit.*, 1993.

ropas, armas, caballos y alimentos; cuando le escucharon explicar a la comandancia local de Bahía Negra que recibirían un estatuto y un uniforme; cuando fueron entendiendo que los «chamacoco», como los «sikhs» o los «senegaleses», conformarían una de las mejores caballerías del continente. Cuando supieron también que tendrían por jefe a un delirante y por función la de vigilar las fronteras interiores del Chaco, esto es, justamente… aquellas en la que se venía haciendo sentir la progresiva presión de rastreadores y tropillas de ayoreo septentrionales.

Sin duda alguna, todos en Bahía Negra, soldados, colonos e indígenas esperaban con alguna ansiedad el retorno del general ruso. Y si cuando su primera visita Belaieff había sido recibido con una indiferencia general, había demorado dos semanas en conseguir un caballo, y no había logrado, tras dos meses de espera, conseguir ni un solo baqueano, indígena o blanco, para acompañarle al Chaco, las cosas son bien distintas en estos primeros meses de 1925: *«Al pasar* [el barco] *por Puerto Diana pude apercibirme de que algunos indios Chamacocos de la orilla comunicaron a los demás la noticia de mi llegada. Así, al bajar a Bahía Negra, encontré a mis antiguos baqueanos con sus familias, que acudían presurosos para ofrecerme de nuevo sus servicios».* Esta vez Belaieff no pretende detenerse ni un solo segundo demás en Bahía Negra. Se prepara para partir lo antes posible hacia el interior del Chaco: Bahía Negra, tres mil veces cartografiada, aparece ahora como obstáculo o una trampa, fachada irreal e ignorante de su territorio, rudeza insensible a su destino imperial. Pero en esta zona no hay que decir nunca lo que se busca; mejor hubiese sido, Belaieff, declarar un fracaso: *«fue bastante difícil el arreglo de las relaciones entre mis acompañantes de viaje y sus patrones, lo que se realizó gracias a la intervención del Comandante de la Guarnición y a la energía del Capitán Cabrera»* [1]. Podemos fácilmente imaginar el argumento de los «patrones»: el general debe entender que *aquí* los indígenas no

1. Belaieff, *op. cit.*, 1925.

deciden solos y que tienen un trabajo, así que si el general quiere llevárselos con él, con el respeto debido, estaría bien que pagara el trabajo que dejarán de hacer; también, sería de buen gusto que el general confiara a los colonos, *que se sacrifican cotidianamente por el interés del país*, y que conocen mucho mejor la *realidad* de Bahía Negra, la organización de esta expedición de la que todos esperan, por supuesto, el mejor éxito. Podemos también imaginar la difícil situación del comandante de la guarnición, que debe facilitar las cosas a un enviado del Ministro, por más extravagante que le parezca, y que intercede frente a los notables del puerto; o la de Cabrera, la del capitán Cabrera, que reaparecerá varias veces, y que mira con alguna simpatía el escándalo y la impotencia de los colonos. La cosa es que gracias a la «intervención» del comandante y a la «energía» del capitán, Belaieff está listo, dos días mas tarde, para emprender la exploración *«con cinco indios, todos a caballo, armados con rifles rémington y viejos sables y vestidos con los nuevos trajes regalo del Ministerio»* [1].

Dos nuevos personajes entran ahora en escena. El primero, es un tal «Cayubeo» que sale con Belaieff desde Bahía Negra. Tras lamentar la ausencia de Espinoza, a quien no ha podido encontrar, Belaieff señala que *«fue reemplazado por otro, llamado Cayubeo, un verdadero guerrero indio, pero menos baqueano y menos conocido por mí»* [2]. En su primera entrada, Belaieff avanza con dos baqueanos armados de escopeta. Esta vez, la comitiva ha ciertamente cambiado de calibre. ¿A dónde va Cayubeo y a dónde van sus cuatro anónimos, montados y armados acompañantes?: *«el baqueano Cayubeo perdió hace un año a su mujer y a sus hijos, muertos por los Moros, que él había vengado dando muerte a diez Moros y por esta causa temía ahora por la nueva mujer que había quedado en el toldo sin defensa»* [3]. Belaieff avanza a ciegas por un paisaje que apenas entiende, guiado por un escuadrón de baqueanos armados.

1. Belaieff, *op. cit.*, 1925.
2. *ibid.*
3. *ibid.*

Debe llegar hasta los campamentos principales y reconocer las aguadas. Pero se inquieta en la medida en que avanza, pues no reconoce los lugares que había visto en su anterior expedición, no entiende bien la dirección en la que lo llevan sus guías: *«cruzamos muchos senderos recién practicados por fuertes destacamentos de los indios Moros, según el cálculo de mis guías, de 120, 100 y 160 guerreros cada uno y en varios lugares en el espesor de los montes encontramos sus "cuarteles", muy bien organizados y con numerosas cabezas de animales, ollas de barro y otras pruebas de su paso»* [1].

Hay que tener cuidado con el término «moro». Si caben pocas dudas respecto a la utilización del término por los chamacoco, bastantes son las que merece la identificación de aquellos a los que los chamacoco están así nombrando. El término chamacoco «moro» («murro») fue ampliamente difundido por el ejército paraguayo durante y tras la guerra y quizás con demasiada facilidad se lo ha traducido a los actuales ayoreo. Recordemos que tras el asesinato de Boggiani, acometido por un grupo tomaraho, los rastreadores ebidoso que acompañan la expedición de rescate liderada por Cancio [2], repiten en varias ocasiones que los culpables son los «indios moros». Frick, que algunos años más tarde recogió una versión indígena del asesinato, indica que fueron «los indios maros» [3]. Según Baldus, *«os Ebidoso muitas vezes lhe chamen* [a los horio] *por injuria Móro em consequência dos frequentes contactos embora belicosos que êla teve com êstes»* [4]. Susnik, por último, apunta que «moro» es también utilizado en la costa para referirse a los tomaraho [5]. Todo indica aquí también que el término es calificativo y no gentilicio. Parece que el término funciona como opuesto del de ishir. Si este último connota un ámbito de alianzas posibles («los que se reproducen», pero Susnik

1. Belaieff, *op. cit.*, 1925.
2. Ver J. Cancio [1903], *Alla ricerca di Guido Boggiani*, 1903.
3. A.V. Fric & Fricova [1997], *Guido Boggiani, fotógrafo*, Praga, 1997.
4. Baldus, *op. cit.* 1931b, p. 531.
5. B. Susnik [1969], *Chamacocos I,* Asunción, 1969. Refiero a la integralidad del capítulo primero «del centro del monte al río».

apunta más precisamente el «ish» como «pariente político») [1], «moro» califica probablemente no a un grupo en particular sino a una situación particular, la de externalidad hostil, «enemigo otro» (pues hay también, «enemigo propio»).

¿Quién es este Cayubeo que tiene mujer y casa entre los ishir de Bahía Negra? ¿Un caduveo tránsfuga arranchado entre horios o ebidoso? ¿O un cautivo tomaraho entre caduveos emancipado por el frente de colonización y vuelto a casar entre ishiros? La violencia directa entre grupos caduveo de la margen izquierda del río Paraguay y los grupos chamacoco de la margen derecha cesó presumiblemente tras la guerra de la Triple Alianza y la posterior reducción militar de los «indios cavalleiros». Aún así, según Susnik, a principios del siglo veinte los chamacoco seguían cambiando «cautivos tomaraho» contra el urucú y el tabaco caduveo [2]. Andando el siglo, el explorador checo A.V. Frick conoció en la orillas del río a quien sería mas tarde su baqueano y amigo (su cuñado también), Cerwuiš Piošád Mendoza, más conocido como Serwiche Posadas Mendoza, que lo acompañará en un delirante viaje a Praga y terminará declarándose primer indígena checo del Chaco. Es otra historia. Pero al conocerlo declaraba Serwiche que *«familia no tengo. Mi familia se extinguió. Soy solo. Tengo sólo algunos jóvenes esclavos y una esclava Tumrahá, que prendí en la guerra. Ellos se han quedado en el interior del país. Estoy solo aquí»* [3]. Se ha insistido con suficiente prolijidad en la importancia del flujo de cautivos tomaraho hacia los campamentos caduveo. Bastante menos atención ha merecido el hecho de que los campamentos ishir ribereños (horio, ebidoso) acumulaban ellos también una masa decisiva de cautivos tomaraho. Susnik es quizás quien ha argumentado con mayor decisión al respecto: la tensión social que al interior de los campamentos ebidoso y horio generaba la cada vez más abultada cantidad de cautivos es

1. B. Susnik [1970], *Chamacocos II,* Asunción, 1970.
2. *ibid.*
3. Fric, *op. cit.*, 1993.

una de las claves principales en su análisis del «cambio cultural» chamacoco. Los grupos costeras tendían progresivamente a mbayaizarse sociológicamente ante la presión demográfica ejercida por la masa de cautivos detenidos en los campamentos, de modo que una incipiente organización de castas endógamas se perfilaba en estas sociedades y ponía bajo tensión el antiguo padrón clánico exógamo [1]. Susnik apunta que esta tensión era particularmente sensible en los campamentos situados en la retaguardia de las posiciones costeras, como es el caso de Oia, en los que se acumulaba el mayor número de cautivos tomaraho. Apunta también, y la cuestión es significativa, que este estrato de cautivos era el más propenso y proclive a abrirse hacia el frente de colonización [2].

Cuestión decisiva, pues en la entrada que hace Belaieff a Oia aparece un último personaje, acaso uno de los más importantes en la historia contemporánea chamacoco, un tal Churbit que Belaieff encuentra en el campamento de Oia en 1924, en 1925 y en 1928. Baldus, según indicaciones que le entrega Belaieff en 1928, dice refiriéndose a los horio: *«O chefe principal chama-se Churbit (quer dizer: pintura)»* [3]. En la última exploración (1928), Belaieff avanza nuevamente guiado por Manuel y por Espinoza, a quien encontró en Oia : *«proseguimos con Manuel unas tres leguas más y en la cercanía del Pirizal encontramos al cacique chamacoco (horio) llamado Churbit (pinturas). Fuimos recibidos con brazos abiertos. El cacique propuso despachar después de medio día a dos muchachos suyos con vaca-cabayú para ayudar en la última travesía»*. Churbit da a Belaieff tres baqueanos: Jhórman, del que no sabemos nada, Capata-í (algo así como «capatacito») e Iguichine, baqueano experto, del que sabemos *«que hace unos años cruzó el desierto hasta Santo Corazón»*. Dos circunstancias deben llamar nuestra atención. La primera, es el apoyo explícito y abierto que el cacique

1. Un desarrollo detallado de esta idea en CORDEU, *op. cit.*, 1981.
2. SUSNIK, *op. cit.*, 1970, p. 17-20.
3. BALDUS, *op. cit.* 1931b, p. 534.

da a Belaieff, a quien recibe «con los brazos abiertos» y a quien asigna sus mejores baqueanos. De hecho, difícilmente hubiera concebido y defendido Belaieff su proyecto de caballería chamacoco sin contar desde el primer momento con el apoyo cerrado del cacique horio y esta circunstancia puede quizás explicarse por el rumbo que quiere seguir Belaieff, al sud de Oia, hacia los campamentos tomaraho. Pero más compleja y significativa nos parece esta segunda consideración: Churbit era él mismo un cautivo tomaraho criado entre sus captores horio; por eso está «pintado», *abo yaris*.

En el informe de su exploración de 1928, Belaieff menciona en reiteradas ocasiones la ayuda que le presta Churbit, pero no nos da más datos sobre él. Sin embargo, en la década de los cincuenta, cuando sus primeros trabajos en la zona, Susnik entrevista largamente a Churbit, el «capitán pinturas», que es en ese entonces uno de los principales en el campamento ebidoso[1]. En los 70' alcanzará todavía a cruzarlo Cordeu, de quien fue también amigo e informante y quien guarda registro fotográfico del diploma de «capitán honorario del ejército paraguayo» que consiguió tras la guerra. Murió a mediados de 1972, a una edad presumiblemente superior a los setenta años[2]. ¿Quién fue Churbit, el «capitán pinturas»? Nos acecha ahora la inmensidad de lo que se nos escapa. Sujetos como Churbit, pero también como Chicharrón entre los tomaraho, protagonizan y constituyen la trama fundamental del proceso de recomposición y reorganización de las sociedades ishir en la post-guerra. Sus biografías son estructurantes. No ha de ser demasiado difícil acometer la urgente empresa de restituirlas: el Alto Paraguay está regado por sus rastros y reflejos. El tipo forma parte de esa generación pavorosa que cruzó un siglo y con él un mundo sobrellevando

1. B. Susnik [1957], «Estudios chamacoco», in: *Boletín de la Sociedad Científica del Paraguay*, Asunción, 1957.

2. Agradezco a Edgardo Cordeu el haberme facilitado copia de la fotografía y elementos biográficos del Capitán Pinturas. Ver en artículo de Cordeu en este libro.

la difícil empresa de hacer pasar los suyos, con el mínimo dolor posible, del monte al río. Apuntemos, en este descampado, al menos estas dos cuestiones significativas. Primero, la ubicuidad del sujeto. Nacido tomaraho y manteniendo parentela entre los suyos, fue criado por sus captores horio, en donde lo encuentra Belaieff, para morir más tarde como un influyente ebidoso, situación en la que lo cruzan Susnik y Cordeu. Este recorrido no es único ni infrecuente. La divisoria entre grupos no impide la circulación de los sujetos. Pero hay todavía este segundo elemento. Belaieff lo identifica como «cacique» de los Horio, cuestión que repite Baldus. Pinturas contaba en ese entonces con no más de veinticinco años y Susnik alega, con respaldo suficiente, la posición de marginalidad relativa en la que se encontraban los cautivos al interior de los campamentos chamacoco. ¿Un joven cautivo tomaraho es entonces el «cacique» de los horio? La presencia de Belaieff y más tarde del estamento militar se inscribe dinámicamente en el sistema de tensiones que trabajaba la sociología de los campamentos ishir ribereños. Un nuevo estrato dirigencial está emergiendo.

Del Chicharrón, de Carlitos Bogorá y de otro que era siniestro y melancólico

Otras serán las circunstancias que rodearán el avance de Belaieff en territorio tomaraho. Tras su última entrada por Bahía Negra en 1928, el militar exploró al menos dos veces el interior del Chaco saliendo desde la línea del tren de Puerto Casado, a doscientos kilómetros río abajo de Bahía Negra. No hemos encontrado los informes que levantó el general. Fernández trascribe un párrafo en el que Belaieff menciona haber salido, en 1928, «desde el kilómetro 152 de la línea Casado»[1]. En su expe-

1. Fernández, *op. cit.*, 1955/87, vol. I, p. 61.

dición de 1930 –la que dio con Pitiantuta- lo acompañó A. Von Eckstein quien publicó un relato detallado de la expedición [1]. ¿Fueron éstas las únicas exploraciones del ruso en la zona? Si se juzga según dicen las fuentes indígenas más de dos han de haber sido los intentos de Belaieff por dar con Pitiantuta atravesando territorio tomaraho. A falta de elementos documentales de contraste, retendremos por ahora sólo las dos exploraciones de las que tenemos noticia cierta.

> Antes de la guerra, se fue a la comunidad un señor extranjero. Buscaba la zona de Pitiantuta. El escuchaba la zona de Pitiantuta pero él no conocía, más o menos, indicaciones él tenía, más o menos, por sus mapas, individual. Entonces llegó un primero para acompañar antes al Pitiantuta y devuelta. Pero ellos no querían ir al Pitiantuta porque es lejísimos. El otro día se fueron otra vez, con otro, y el también le mintió a ese señor. El otro día vinieron y llevarlo otro también, pero eran todos viejos, entonces le mintió también a ese Elebyk [2].

El rastro de Belaieff en las memorias tomaraho es denso, metonímico, están todos en él. Las más de las veces se trata de un indescifrable «extranjero». Su paso por la zona aparece indefectiblemente asociado a un personaje fundamental, Chicharrón, el «cacique chicharrón». En el largo, afortunado y detallado «Ciclo del cacique Chicharrón» que compiló Cordeu, Belaieff es indiscernible: *«cuando eso, vivía un extranjero entre los tomaráxo, se llamaba Axlebúke, un extranjero. Y ese Axlebúke daba consejos al cacique Chicharrón, siempre él explicaba al cacique»* [3]. Cordeu escribe «Axlebúke» donde nosotros escribimos «Elebyk», en ambos casos, nombre de un garrote largo, de un palo o macana alargada. En el relato de Von Eckstein el nombre vuelve a aparecer, revelándose: *«Al amanecer escuché una voz que decía: Alebuk, Ichico, Alebuk (Alebuk –*

1. Eckstein, *op. cit.*, 1986.
2. Richard, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Elebyk y Coachine».
3. Cordeu, *op. cit.*, 2003, «Ciclo del cacique chicharrón», p. 406.

Arma fuerte, por el General Belaieff e Ichico –guerrero jóven por mi persona)» [1]. El extranjero Axlebúke que recorre el largo relato que hemos compilado separadamente con Cordeu es entonces Belaieff, «arma larga» o «arma fuerte» según se prefiera. Pero otras tantas veces Belaieff aparece como un italiano. Participa entonces del tiempo de una angustia y de una espera, aquella que sucedió al asesinato de Guido Boggiani. Tras el asesinato se hizo el secreto y se desertó el lugar. Las gentes callaron, no se volvió al lugar (Boggiandebió, «los huesos de Boggiani») ni al nombre del asesinado. Pasaron los años en espera de una «venganza de los italianos» que nunca quiso llegar [2]. Belaieff fue el primero en entrar en la zona tras Boggiani. Significativamente, en la versión del cacique Chicharrón que hemos compilado, la escena última vuelve sobre el tema. Chicharrón y Belaieff observan el atardecer desde la cubierta de un vapor que se deja arrastrar por las mansas aguas del río. Pitiantuta ha sido descubierta y los dos exploradores vienen de regreso. Es entonces, y sólo entonces, sellando una amistad y una confianza, que Chicharrón confiesa a Elebyk el asesinato tomaraho de Boggiani [3]. La venganza italiana ha sido conjurada. Tampoco Boggiani, por cierto, era sólo Boggiani.

¿Cómo ha llegado Belaieff hasta ese campamento tomaraho en el que todos quieren llevarlo hacia tantas lagunas Pitiantutas como lagunas Pitiantuta quiera ver el militar? El primer tomaraho que cruza la escena lo hace, cómo no, en Bahía Negra. Es la última exploración de Belaieff en la zona, aquella en la que intenta sin resultados pasar de Oia al sur. A esas alturas, Belaieff ya entiende que no podrá hacerlo con baqueanos horio. En Bahía Negra, entonces, espera la llegada del Parapití con algunas monturas para emprender la entrada: *«con el mismo vapor llegó también un indio chamacoco bravo* [tomaraho], *enviado para mi por el Señor*

1. ECKSTEIN, *op. cit.*, 1986, p. 31.

2. Ver N. RICHARD [2006], «Cinco muertes para una breve crítica de la razón artesanal», in: «La derrota del área cultural/La défaite de l'aire culturelle», *Anales de Desclasificación*, Santiago de Chile, 2006, vol. I, nº 2.

3. RICHARD, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Chicharrón».

Abelardo Casabianca, Jefe de Obraje de Sastre, llamado Carlitos Sogora cuyos servicios se probaron después inapreciables para el éxito de la comisión» [1]. En el informe de su expedición de 1928 Belaieff menciona múltiples veces a este «Carlitos» cuyo apellido alterna entre «sogora» y «bogora». Tras haber perdido las monturas y los regalos, a algunos días de marcha de Oia, Belaieff vuelve sobre Carlitos: «*cuando se resolvió definitivamente la despedida de los Chamacocos me dijo aquel fiel compañero mío "me dijo Casabianca no abandones al general; yo soy hombre nomás, cuando muero-muero; no tengo miedo de los moros ni de los bolivianos"»* [2]. En los informes de que disponemos, Carlitos es el baqueano con el que mayor afinidad y complicidad logró Belaieff.

Sabemos poco: «Carlitos» es tomaraho (chamacoco bravo) apeonado en el obraje de Puerto Sastre y cuenta presumiblemente con la confianza correspondida de Casabianca. Sólo una frase de Von Eckstein nos impide imaginar una misma persona tras Carlitos y Chicharrón: en Asunción, mientras se prepara la expedición, éste declara haber encontrado en la casa de Belaieff a *«dos aborígenes chamacoco, el Cacique Chicherone y Carlitos Bógora»* [3]. Apuntemos sin embargo que en el resto del relato el cacique «chicherone» irá fundiéndose en el olvido en la medida exacta en la que el personaje de Carlitos irá tomando forma. Apuntemos también que en las versiones indígenas de esa misma exploración, Carlitos cede indefectiblemente ante Chicharrón. Sentemos asimismo que Chicharrón, según sus biógrafos indígenas, era tomaraho, trabajaba en Sastre y tenía la invalorable virtud de tener llegada con los «patrones» del obraje. Notemos por último que, tras la guerra, Von Eckstein dice haber encontrado a Carlitos cerca del km. 145 de Casado, en Dobraora, exactamente en donde Bejarano afirmará más tarde haberse entrevistado con Chicharrón. ¿Qué hacer con estos dos personajes que amenazan

1. Belaieff, *op. cit.*, 1928.
2. *ibid.*
3. Eckstein, *op. cit.*, 1986, p. 13.

con ser uno? Las tres versiones indígenas actualmente disponibles sobre la expedición de Belaieff a Pitiantuta hacen de Chicharrón la vértebra de su avance en territorio tomaraho: en la breve documentación de Belaieff de que disponemos, Chicharrón no aparece mencionado ni una sola vez, Carlitos, en cambio, lo es a profusión. Ya sea que Carlitos es nombre paraguayo de alguien cuyo nombre indio trastabilló hasta «chicharrón» (que V. Eckstein apunta en «chicherone» y que otros apuntaron «shischerone»); ya sea que Carlitos y Chicharrón son dos distintas personas confundidas en una misma memoria india; ya sea, en fin, que «Carlos Bógora» y que «Chicharrón» sean nombre y apodo paraguayos de un mismo sujeto, una sólida homología recorre las paralelas biografías de estos dos baqueanos de Belaieff.

Llegado a Casado, pudo Belaieff *«contar con la ayuda del Cacique Angaité Vicente y de su gente hasta llegar a los senderos en donde me podía ser útil mi baqueano chamacoco Carlitos Bógora»* [1]. La línea del tren deslindaba por el sur el territorio tomaraho. A decir verdad, diera la impresión que es con la construcción de la línea que los grupos angaité, que trabajan en ella, avanzan sobre territorio tomaraho. La línea del tren no pasa por una frontera: la constituye en su avance. Este «cacique» Vicente es también un personaje portentoso. Es quizás el mismo «Vicente» angaité que fotografió veinte años antes Boggiani en la costa obrajera del medio Paraguay [2]. En la medida en que avanzaba, la línea iba drenando progresivamente a las poblaciones del interior del Chaco que, a diferencia de ebidosos y horios, pero también de Kaskihas y Angaités, articulaban por primera vez sus economías al avance del frente colono. Es el caso de los tomaraho.

Carlitos o Chicharrón según se quiera, mostraron a Belaieff los campamentos tomaraho que se extendían desde la línea de Casado hacia el norte, hasta Pitiantuta. Fueron dando en su

1. Fernández, *op. cit.*, 1955/87, vol. I, p. 61.
2. R. Lehmann-Nitsche [1904], *La colección Boggiani de Tipos Indígenas de Sudamérica Central (Die Sammlung Boggiani von Indianertypen aus dem zentralen Südamerika)*, Buenos Aires, 1904.

camino con sucesivos caciques –Orpa, Wajalé, Etsupé– a los que fueron exhortando y convenciendo de salir hacia la costa, ante la inminencia de una guerra: *«Y llegó el Elebyk y el Chicharrón donde el Wajalé. Y le contó que los bolivianos ya van a llegar a la zona de Kiat Ormich. Y en esa zona había mucho los tomaraho. Ahí y también en Belbuhurt. Cuando se juntaban todos los tomaraho y le trajeron al Paraguay. Algunos llegaron a Sastre o Guaraní, otros al Casado, así».* Bella síntesis: *«cuando el Elebyk llegó, se llevo al Chicharrón y se trajo a los tomaraho, así»* [1].

Cabe sospechar que el anuncio de una guerra incierta y conjetural no haya sido argumento suficiente para movilizar los grupos tomaraho hacia la costa. Habrá que esperar algunos años, tras la guerra, para que las tierras interiores sean definitivamente desertadas. Por ahora, en reiteradas ocasiones volvieron esos tomaraho a fundirse en el monte para que Belaieff volviese a intentar el peso de sus razones imaginarias: *«Cuando el extranjero dijo al Chicharrón ¡Salgan ustedes de acá porque hay una amenaza, los bolivianos van a pelear con los paraguayos! ¡Si no ellos van a matar a ustedes!, hizo una reunión grande. Algunos tomaraho no creían, y un grupo salió de ahí con Chicharrón, y los otros quedaron ahí. ¡Muchos! Cuando eso no se sabía contar, ¡muchos tomaraho! Salió un grupo grande y otro grupo quedó ahí»* [2]. *«Después se fue el Elebyk a su casa y se fueron de vuelta los tomaraho a su lugar, al Belbuhurt y al Kiat Ormich. Se fue otra vez ahí y otros se quedó»* [3]. Para que volviese a intentar, también, el peso de sus razones concretas: *«Ellos traían con las mulas y llevaban escopetas, machetes y otras cosas. Eso se dice ahora ayuda* […] *género, ropa, todo eso, y llevaron otra vez a Pitiantuta con Chicharrón. Llevaron ropa, herramientas, machetes, armas»* [4].

Sin dificultad recorren Chicharrón y Belaieff los campamentos tomaraho más cercanos a la línea férrea (Belbuhurt, Kiat

1. Richard, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Chicharrón y un italiano que era ruso».
2. Cordeu, *op. cit.*, 2003, «Ciclo del cacique chicharrón», p. 409.
3. Richard, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Chicharrón y un italiano que era ruso».
4. Cordeu, *op. cit.*, 2003, «Ciclo del cacique chicharrón», p. 406.

Ormich, Dobraora, Buba, Kameter Kianta, Nisbulutá, etc.). Pero en su expedición de 1928 Belaieff no logra dar con Pitiantuta. Una invisible fractura detiene su paso. El ruso Belaieff es de nuevo Belaieff el italiano: *«Chicharrón vivió con Duweroso, pero esos no llegaban al Pitiantuta. Allá estaba ese Juanito que es Arrebytoso. Los Duweroso son los que están más cerca de acá, de los paraguayos, más cerca de los Ebytoso también. Los Arrebytoso eran más adentro. Por eso el Elebyk y el Chicharrón no llegaron al Pitiantuta. El Chicharrón vivía con los duweroso»* [1]. «Duweroso» o «arrebytoso» se construyen, como «ebidoso», por adición de la partícula genitiva «oso», «los de». Belaieff traducirá más tarde el término «duweroso» por «los del palmar» y «arrebytoso» por «los de la selva» [2]. La relación entre ambos era de hostilidad pues una vieja querella incendiaba la zona: *«esos arrebytoso fueron los que mataron a Boggiani. Y los Duweroso vivió con Boggiani. Los Duweroso son los que viven más hacia Paraguay y los Arrebytoso más hacia el Pitiantuta. Y Juanito es Arrebytoso. Entonces había un problema allí, desde el tiempo de Boggiani. Allí hubo una pelea, una revolución»* [3].

Esta fractura (duweroso/arrebytoso) y la biografía de Chicharrón se iluminan mutuamente. Pues, si Churbit-Pinturas fue cautivo tomaraho y cacique horio, Chicharrón es, por su parte, nacido arrebytoso y «cacique» duweroso. Transcribo *in extenso* justificado por la densidad del párrafo:

> El Juan y el Chicharrón no llegaron a la comunidad en Pitiantuta. Llegaron nomás, así, a la vista. Éste lugar es Pitiantuta, pero no ir en la comunidad indígena, porque estaba Juanito ahí dentro de esa comodidad [comunidad], era como jefe. A él no le gusta que nadie entre en la comunidad. Juanito es de Pitiantuta. Por eso es que Chicharrón ya no integra más la comunidad que

1. RICHARD, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Elebyk y Coachine».

2. J. BELAIEFF [1936b], «Tabla de identificación de las tribus del Chaco Paraguayo», in: *Revista de la Sociedad Científica del Paraguay*, Asunción, vol. III, nº 6, 1936, citado en J.A. BRAUNSTEIN [1983], *Algunos rasgos de la organización social de los indígenas del Gran Chaco*, Buenos Aires, 1983, p. 33.

3. RICHARD, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Elebyk y Coachine».

estaba en Pitiantuta, pero su hermana y otros parientes tienen en Pitiantuta, pero Chicharrón no puede entrar en la comunidad, porque ya tiene enemigos. Entonces llevaron a Juan y cuando llegaron a Pitiantuta le mostraron, pero sólo por la vista y pasó. No puede llegar. Porque él estaba sólo. Sólo Chicharrón y Juan. Y él no quiere llegar a la comunidad porque va haber problema, va haber problema con sus compañeros. Cuando el Juan se fue con Chicharrón, Chicharrón le contó otra vez a la comunidad, cada aldea a la que llegaban y Juan escribió, llegaron a un lugar, cómo se llama ese lugar y Juan escribió. Hacer como tipo mapas. Eso ya era para la guerra ya. Pero Pitiantuta sólo de vista nomás pasó. Si no eso ya era problema [1].

Hay que desengañar toda simetría entre «Juan», que es Belaieff, y este «Juanito» que era *como jefe* de los arrebytoso. Este último es controvertido. Cordeu anota «Conito» y rechaza explícitamente el «Juanito» [2]. En reiteradas ocasiones nos ha parecido escuchar el uno y el otro, sin que nos atrevamos a zanjar. Será en adelante un personaje fundamental. Reverso político de Chicharrón, «Juanito» o «conito» es quien resiste permanentemente todo enganche con el ejército paraguayo. Es un motivo narrativo densísimo. Cuando las epidemias que sucederán la guerra, Juancito/Conito y Chicharrón se opondrán frontalmente en torno a esta alternativa fatal y definitiva: arrancharse en el frente colono y acceder a la vacuna o escapar de la enfermedad hacia el interior del Chaco. Chicharrón llevará los suyos a la vacuna. Conito, la impedirá. Conocemos el desenlace: la población tomaraho pasó en cuestión de un año, de mil quinientas a doscientas personas [3]. Sólo sobrevivieron los de Chicharrón. Hay al menos dos importantes sistemas de narraciones sobre

1. RICHARD, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Elebyk y Coachine».

2. Correspondencia personal, de Edgardo Cordeu a N.R. del 07/04/2006.

3. Proyección a partir de los datos demográficos relevados por Belaieff, de relatos históricos ishir, reconstrucción de asentamientos ocupados y genealogías tomaraho. Hacia 1980 el último grupo tomaraho contaba cerca de ochenta personas. Ver en particular el capítulo «Historia reciente» en T. ESCOBAR [1999], *La maldición de Nemur*, Asunción, 1999.

este asunto: el primero trata del origen de Conito, hijo de una mujer errante preñada por un anabsor, de donde la fatídica maldad y extranjería de Conito/Juanito [1]; el segundo refiere el enfrentamiento que Chicharrón sostendrá con Conito y que terminará en el asesinato de este último, relato importante pues es asesinado con el aval del ejército, que *«lanzó su cuerpo al río y le felicitó al Chicharrón»* [2].

¿De qué orden es la fractura arrebytoso/duweroso? Notemos, primero, que a diferencia del par tomaraho/horio no se trata aquí de términos calificativos («dispersos», «ladrones») sino de gentilicios en sentido propio. La oposición, que ahí estaba marcada por un par cruzado de exónimos injuriosos, cede aquí ante dos términos neutros. Lo que no impide que ambos partidos sostengan una relación de hostilidad marcada, que es la que impide el avance de los exploradores: de otro modo, habría «problema». Sin embargo, y esta cuestión es preciosa, la circulación parental entre las partes no parece doblarse ante su mutua indisposición política. Por regla uxorilocal han quedado las hermanas de Chicharrón viviendo en su ámbito de origen (arrebytoso) mientras trafica éste el espacio de su mujer y cuñadas (duweroso). Cuestión importante, pues el hecho de que Chicharrón tenga entre los arrebytoso a «sus hermanas y otros parientes», no quita que entre ellos «ya tenga enemigos».

Como fuere, Belaieff no logra dar con la laguna. Habrá que esperar su última expedición de 1930/1. Según transcribe Fernández, que tiene ante sí las memorias ahora perdidas del explorador, en diciembre de 1930 el ministro de guerra paraguayo recibió parte desde la tenencia de Puerto Sastre, en el que se informaba que un tal «sargento Tuvichá» había comunicado la presencia de rastrilladas bolivianas en el sector. Se trata, según explicó Belaieff, «*del anciano jefe de guerra de los Tomáhra (Chamacocos*

1. RICHARD, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia de Conito (I)»; «Historia de Conito (II)»; «Historia de Conito (III)».

2. RICHARD, *op. cit.*, 2008, anexo I, «Historia del Cacique Chicharrón».

Bravos). Tenemos compromiso que cualquier movimiento boliviano, amenazante de Pitiantuta, sería vigilado por los chamacocos» [1]. «Tuvicha» no es término ishir, sino guaraní: «grandeza, cacique, jefe». Las informaciones de este «sargento grande» o «cacique sargento», deciden la organización de la expedición que dará con Pitiantuta. La componen, Ian Belaieff, Alexander von Eckstein, Basil Serebriakoff, Hermes Saguier, los soldados Franco y Dávalos y «los guías chamacoco». Conocemos con algún detalle quiénes son estos «guías».

Primero, evidentemente, los inefables y especulares Chicharrón y Carlitos Bogora de los que ya hemos sospechado son una misma persona confundida por el relato de V. Eckstein. Les acompañan cuatro sujetos: Turgot, Kimahá, Shidi y Garriga [2]. Apuntemos en primer término que se trata de cuatro nombres indígenas. ¿Ha borrado Von Eckstein los equivalentes paraguayos para exotizar su relato? Es una probabilidad: su narración, de escasísimo gusto literario, no deja de fantasmear con una «aventure coloniale» de la que el siglo lo privó. Se construye íntegramente sobre clave exotista, organizado como la remembranza nostálgica de la pasión que una «princesa chamacoco» le arrebató en los «años locos» de su juventud: *«con tus recuerdos de la guerra heroica/de las que nos cuentas mil y una y mil historias/de los indios chamacocos, de aquellos años locos*… […] *Chamacocos, en tu ruta,/Pitiantuta fue tu luz,/Pitiantuta, Chamacocos/Ichico guerrero y as!»* [3]. Pero es también probable, que a diferencia de Espinoza o de Manuel, del Cayubeo o de Chicharrón, la ausencia de nombre paraguayo se deba a la situación de los sujetos, que todo indica han venido desde la última profundidad a acompañar el avance de Chicharrón. Como en el caso de Yuableh Espinoza y de Manuel Tiod, es también aquí de dos en dos que los baqueanos acompañan a Belaieff.

---

1. Fernández, *op. cit.*, 1955/87, vol. I, p. 60.
2. Sigo en adelante el relato de von Eckstein, *op. cit.*, 1986.
3. Eckstein, *op. cit.*, 1986, p. 109.

El primer par los constituyen Kimaha y Turgot. Del primero sabemos que tenía «cerca de dieciséis años» y todo deja suponer que el segundo no lo superaba en edad. Kimaha era *«miembro del clan de los monos, y por lo tanto un admirable trepador, constantemente cazaba miel, huevitos y frutas, atraía pajaritos con silbidos y los mataba con su arco-honda; era el mas vivo de la cuadrilla»*[1]. De Turgot, se dirá en cambio que era *«representante del clan de las avestruces, losepyk, excelente andarín y trotador, un asombroso especialista en los detalles de la vida del monte, era sin embargo algo corto, hasta necio, en su espíritu asustadizo y expuesto a los cambios de humor»*.

Kimaha y Turgot, muchachos los dos, acompañaban a Garriga y Shidi cuya autoridad y prestigio son ostensiblemente mayores. Garriga es de la partida desde el principio. Era, según Belaieff, *«un guerrero cumplido, activo, firme, de carácter sereno y sagaz, como perteneciente al clan del pato, Ketymraga, unía en sí las cualidades de sus volátiles hermanos: ha sido un verdadero intendente de nuestra empresa»*[2]. Shidi, quizás el más potente de los cuatro personajes, se une a la expedición más tarde, cruzándola a medio camino en el km 145 entre Casado y Pitiantuta: venía con *«veinte otros chamacocos que le acompañaban»*. Según Belaieff, era un *«conjurador y profundo conocedor de cuentos y cantos sagrados, siempre parecía siniestro y melancólico, grave y solemne, de sonrisa furtiva, que rara vez aclaraba su sombrío semblante, cual un lejano relámpago entre las nubes, subía también a los árboles para reconocer el camino pero no más que hasta las ramas más fuertes»*[3]. Sabemos también que *«el aborigen Shidi entendía algo de castellano»*[4], lo que deja suponer que otro de sus nombres puede estar escapándonos, otro, quizás, que ya hayamos cruzado: es, en todo caso, conocido de Belaieff pues *«el cacique Shidi abrazó efusivamente al "alebuk" y seguidamente aparecieron varias fogatas en las que se asaron carne de jabalí y ciervo, con las que nos convidaron. Les retribuimos a*

1. Para la descripcion de Kimaha, Turgot, Garriga y Shidi, Von Eckstein retoma (sin citarlo) el texto de Belaieff en 1. FERNÁNDEZ, *op. cit.*, 1955/87, vol. I, p. 62.
2. *ibid.*, p. 62.
3. *ibid.*, p. 62.
4. ECKSTEIN, *op. cit.*, 1986, p. 44.

su vez con algunas chucherías que sabíamos eran apreciadas por los Chamacoco» [1].

¿A qué tipo de exploración se disponen Chicharrón y Garriga más Shidi y los veinte que le acompañan y que se han asociado a la expedición? Estos últimos «*aparecieron en número de veinte individuos. Ataviados pintorescamente, tenían los torsos desnudos, las perneras bien armadas y cada uno de ellos llevaba colocada una pluma en la cabeza. Algunos de ellos disponían de rifles Remington de un tiro y los demás estaban armados con arcos y flechas»* [2]. Se trata formalmente de una expedición bélica con una cuadrilla de guerreros pertinentemente dispuestos y ataviados y liderados, como es costumbre, por un «guerrero cumplido, activo y firme» (Garriga) y por un shamán poderoso «conjurador y conocedor de cuentos y cantos sagrados», «siniestro y melancólico» (Shidi). ¿Quién es entonces el que se dispone a tomar Pitiantuta? ¿Circulan acaso los baqueanos de la expedición por terreno propio y conocido, o se disponen, como ya lo hizo Cayubeo y sus cinco expedicionarios armados, a pasar, con Belaieff, por sobre territorio enemigo?

Ustarez, de quien hablamos en un principio, y que dirigía la exploraciones del lado boliviano intentaban dar con la misma Pitiantuta, indica, en los pocos documentos que conocemos, que le cierran el paso unos *«indios maquianoses».* Avanzaba desde Camacho, en el centro del Chaco, al noroeste de las colonias menonitas. Víctor Eduardo, que lo secundaba, identifica en un claro antes de Pitiantuta, algunas construcciones de las que dice pertenecen *«a los indios makiano»* [3]. Moscoso, que vuela el Vickers que acompaña desde los desiertos cielos del Chaco el avance de los expedicionarios, señala haber visto *«viviendas de indios de la tribu de los maquianoses»* [4]. Ustarez, en fin, en el informe de su

1. Eckstein, *op. cit.*, 1986, p. 38.

2. *ibid*, p. 37.

3. V. Eduardo [1932], «El Teniente Victor Eduardo realiza el último reconocimiento terrestre hacia la Laguna Grande», in: E. Arze Quiroga (ed.), *Documentos para una Historia de la Guerra del Chaco*, La Paz & Cochabamba, 1951, vol. I: *Archivo de Daniel Salamanca*, p. 215-216.

4. O. Moscoso [1939], *Recuerdos de la Guerra del Chaco*, Sucre, 1939, p. 47.

expedición dirá dos veces haber topado con rastros de «indios maquianosis» e identifica incluso una «cañada maquianosis» por la que quisiera avanzarse [1]. Es decir que, si atendemos las fuentes bolivianas, Pitiantuta estaba ocupada por los indios «makiano», «maquianoses» o «maquianosis». Quiénes son estos «maquianoses»? Chase-Sardi indica, en la monografía que dedicó a los Niwaklé, que éstos llamaban «Matqu'iyano» a los grupos que encontraban al norte de su territorio, probablemente grupos ayoreo [2]. Sabemos entonces dos cosas: que los expedicionarios bolivianos avanzan con baqueanos niwaklé y que es a través de la lengua de sus baqueanos que nombran a quienes ocupaban Pitiantuta; que Pitiantuta había sido presumiblemente ocupada por cuadrillas ayoreo.

La cuestión es confusa y no quisiéramos ser concluyentes. Según se sigue a los baqueanos niwaklé de Ustarez, Pitiantuta está ocupada por «maquianoses» que serían presumiblemente grupos ayoreo; según se sigue a los baqueanos tomaraho de Belaieff, ésta estaría en manos de grupos «arrebytoso», por cierto también hostiles pero ishir. Apuntemos que «Pitiantuta» –*Pitien Touta*– es topónimo ishir (*«hormiguero loco», «atontado»*). Todas las posibilidades están abiertas. Sabemos, en todo caso, que el avance del grupo de guerreros chamacoco que acompaña a Belaieff es, según indica Von Eckstein, permanentemente acechado por «salvajes moros». Pero habría nuevamente que interrogar el sentido exacto de «moro» en su utilización chamacoco y no en el sentido que posteriormente dará al término el ejército paraguayo y, con él, el frente colono. Es decir, tomándolo por calificativo y no por sustantivo. De hecho, los «salvajes moro»

1. V. Ustarez [1932], «El Capitán Ustarez informa sobre exploraciones a la Laguna Grande (Chuquisaca) y la sobrepasa en abril de 1932», in: E.A. Quiroga (ed.), *Documentos para una Historia de la Guerra del Chaco*, La Paz & Cochabamba, 1951, vol. I: *Archivo de Daniel Salamanca.* [10 agosto de 1932].

2. M. Chase-Sardi [2003], *¡Palavai Nuu!,* Asunción, 2003, p. 117. Agradezco a Alejandra Siffredi la confirmación del uso niwaklé del término «maquiano». Comunicación personal, de Alejandra Siffredi a N.R. del 16/11/2006.

acechan la expedición de Belaieff ya en las cercanías del fortín General Díaz, en dónde resulta del todo improbable la presencia de grupos ayoreo, no así la de grupos ishir enemigos que, como ya hemos visto, son en ocasiones calificados de «moro», según cuál sea la posición del hablante.

¿Qué fue de los baqueanos que acompañaron a Belaieff en su última exploración? Von Eckstein, una vez comenzada la guerra, se encontró en las cercanías del km 145 de Casado con el «cacique Chamacoco Carlos Bógora», que se había instalado en el lugar con su mujer e hija. Era agosto de 1933. Von Eckstein interroga al cacique por el destino de su «princesa chamacoco», Kiané, a quien nunca más pudo encontrar. Es el último párrafo de su relato y Von Eckstein, aun preocupado de cerrar su narración como corresponde al relato de una aventura colonial, se dispone a llorar la suerte de Kiané, *«perdida para siempre en la inmensidad sin retorno de aquella selva implacable»*. Casi al margen, teatro o parafernalia de su pasión africana, esta indicación: *«conocí por su relato que Garriga y Kymaha; nuestros fieles amigos y baqueanos, fueron muertos a flechazos en un encuentro sangriento con los temibles Moros, de regreso a su toldería después de haberse despedido de nosotros en el fuerte Gral. Díaz»*. El otro grupo de baqueanos *«fue también diezmado por los Moros de regreso a su toldería»*[1].

* * *

Puede reinterpretarse el mapa de las fundaciones militares en el Alto Paraguay de ante-guerra y mostrar que sobre-escribe este otro, sumergido o escondido, que es el de las tensiones y territorialidades que trabajaban en ese entonces a las sociedades Ishir. Avanzando con baqueanos horio fundó Belaieff el fortín Bogado ahí en donde la presión de grupos ayoreo o tomaraho se hacía sentir sobre sus campamentos; auxiliado por baqueanos

1. Eckstein, *op. cit.*, 1986, p. 107.

ebidoso se fundaron los fortines Díaz y Torres ahí en donde presionaban las poblaciones ishir del interior el espacio de los ebidoso ribereños y es por último igualmente cierto postular que una patrulla paraguaya tomó Pitiantuta auxiliada por baqueanos tomaraho como que un grupo tomaraho, apoyado en una patrulla paraguaya, recuperó para sí una laguna que no hacía mucho había perdido en manos de bandas ayoreo o de otro grupo ishir enemigo. Pero hay que cuidarse de no reproducir en su forma local un argumento que intentamos desestimar en su forma general. «Tomaraho» o «Ebidoso» no tienen una existencia substantiva, sino calificativa y adjetivante. Participan de un paisaje discursivo intensionado y orientado al interior del cual cobran sentido. Operan circunscritamente y no en el espacio trascendental de una identificación invariable. Sería quizás en este sentido útil usar estos términos en su acepción traducida. Se gana en legibilidad lo que se pierde en esoterismo. Decir que *«os chamacocos repartem-se em tres tribus: Horio, Ebidoso e Tumereha»*[1] es congelar en un catálogo –siempre incompleto– de nombres propios aquello que funciona como una dinámica de calificaciones, como un discurso orientado. Inténtese una traducción así sea aproximada: «los perros se reparten en tres tribus: los ladrones, los del fondo y los dispersos». El ejercicio es tan incierto como el de afirmar que un determinado grupo de gentes se reparte entre los que viven en el segundo piso, los que son del norte y los que mienten.

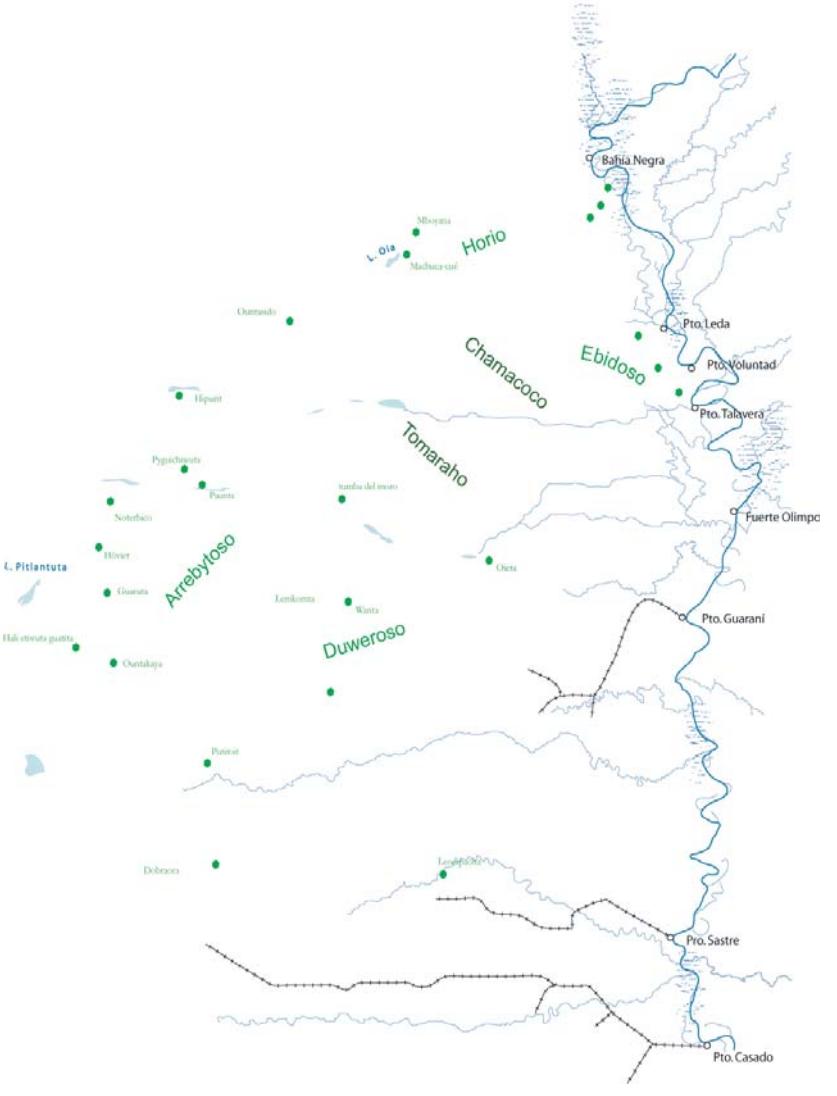
En otro sentido, se trata de interrogar la posición sociológica que ocupan estos baqueanos al interior de esas sociedades. Posición transitiva, si pudiera decirse, que ilumina las tensiones que trabajaban a esos grupos. En el caso de los horio, mestizos como Yuableh, cautivos como Churbit-Pinturas o peones como Manuel y Cayubeo son los que despejaron a Belaieff la distancia que separaba a «esos pocos indios que viven al lado del pueblo»

1. Baldus, *op. cit.*, 1931b, p. 530.

de sus campamentos principales. No de otro modo, Carlitos/Chicharrón vuelve visible la cadena emergente de mediaciones por las que los grupos tomaraho del interior iban implicándose en el frente de colonización. En ambos casos, la presencia de Belaieff (y del estamento militar) altera la relación entre colonos y poblaciones indígenas. Quizás las especificidad de esta situación en el Paraguay tenga que ver con que la presencia militar no tiene por principal función la asegurar los intereses de los colonos sino con argumentar en clave nacional el teatro de un conflicto militar entre Estados. Como fuere, en la pequeña política de la frontera, no son triviales los uniformes militares y las armas que distribuye Belaieff, ni vana la causa nacional con la que unge a sus baqueanos, ni baladíes el trato y el diploma de «capitán honorario del ejército» con el que los reconoce. Asimismo, no es imposible imaginar que la presencia militar se haya inscrito activamente en el sistema de fallas y tensiones que trabajaba la arquitectura sociológica de esos grupos. Mestizos, jóvenes o cautivos constituían un estrato emergente que tendía a fragilizar las legitimidades tradicionales y que volvían propicio un nuevo agenciamiento en las relaciones de poder y de alianza al interior de los grupos.

Es en este sentido que biografías como la del Cacique Chicharrón o la del Capitán Pinturas resultan iluminadoras. Chicharrón no era cacique ni principal en esas tierras. Era un muchacho joven, conchabado estacionalmente en el obraje de Sastre, arrebytoso allegado a los campamentos duweroso. No es distinta la situación de Churbit-pinturas, joven también, cautivo tomaraho viviendo entre horios. Su fuerza procede en ambos casos de la capacidad de intercesión ante el estamento militar. Ambos «caciques» serán determinantes en la recomposición de estas sociedades tras la guerra. Arruinados por las epidemias y forzados a abandonar sus territorios, es en torno a una figura como Chicharrón que los tomaraho sobrevivientes lograron hacerse un espacio –mínimo– en el trastornado paisaje de post-

guerra. No de otro modo pudieron Churbit y los suyos instalarse en la costa y agenciarse el espacio en el que viven aún. Las de Churbit y Chicharrón son dos biografías vertebrales para el mundo ishir y anuncian la emergencia de nuevas formas de autoridad y liderazgo en torno a las que se recompondrá el paisaje social y político indígena tras la guerra.



Posición campamentos y grupos Ishir hacia 1920